

Cabezabellosa – Romanejo – Pitolero **Robles centenarios, cerezos otoñales, mirador de Tras la Sierra**

La ruta circular que haremos comienza en Cabezabellosa, una localidad situada en un promontorio entre los valles del Jerte y del Ambroz. El pueblo ocupa una vaguada, abrigado entre la ladera de la sierra y un cerro que sobresale sobre la llanura cacereña a modo de proa.

No sabemos si la toponimia tomó como referencia el cerro redondeado y cubierto de vegetación, de nombre cerro del Búo (así, sin h intercalada). Lo que es seguro es que dicho cerro estuvo ocupado por un castro en los siglos anteriores a la conquista romana. Aparte de los hallazgos arqueológicos encontrados, es fácil ver que la forma del terreno favorecía la defensa por todos sus lados. Como ocurrió en muchos otros lugares, el lugar se sacralizó y en su cumbre se sitúa la ermita de Nuestra Señora del Castillo. Las elevaciones con nombre de “castillo”, también son una buena pista para saber que un lugar estuvo ocupado por un poblado fortificado. Un lugar tan evocador como este, merece que lo visitemos antes de emprender el recorrido circular.



Recorremos algunas calles del pueblo con nombres que nos llamarán la atención, como “Rezumbaero” o “Clavellinas”. Sus tres ermitas, dos lavaderos (uno de ellos muy antiguo), fuentes y varias construcciones tradicionales merecen un paseo. No alejamos entre paredes de piedras que separan las fincas, bajo fresnos, castaños y robles.

Los prados nos llevan, a veces por sendero y otras campo a través a una dehesa que se alza sobre la llanura de Plasencia. Caminamos bajo robles maduros y con la casi segura presencia de vacas, a las que intentaremos no molestar.



Superada la pequeña elevación del puerto próximo al pueblo, giramos con la ladera hacia el Jerte. Ahora seguimos un camino tradicional que transcurre por una preciosa calleja. Una fuente con cuatro abrevaderos nos recuerda el ancestral uso ganadero. Bajo nosotros, el embalse de Plasencia.

El camino nos conduce a una zona con recipientes tallados en el granito. Por lo que he leído, se trata, al menos algunos de ellos, de zonas de molienda, posiblemente para bellotas. Tienen un origen muy antiguo, posiblemente, vetón.

Disfrutamos del descenso por la dehesa que se extiende a nuestros pies hasta que llegamos a una portera. Cruzamos con precaución la carretera para encontrarnos con un gigante venerable: el roble Romanejo o del Acarreadero. Es un árbol singular, de enorme tamaño y sorprendente por su envergadura. Se trata de un roble rebollo (*Quercus pyrenaica*) que al parecer tiene más de 500 años, 25 m de altura, 32 m de diámetro de copa y un perímetro a 1,30 m de casi seis metros.



El árbol, impresionante por su forma, grandes ramas y volumen, crecía sano hasta que en los años 40 del siglo pasado a un señor guarda se le ocurrió cortar una de los enormes brazos para permitir el paso de vehículos por debajo. La amputación provocó el comienzo de la pudrición del tronco. Su hueco interior no ha hecho más que aumentar desde entonces y lo más probable es que su debilitamiento lo lleve a no poder soportar una masa semejante.

Se han tomado medidas científicas para protegerlo, entre las que se encuentra el vallado perimetral y la reducción de su copa. Debemos ser conscientes de que pisotear junto al tronco contribuye a apelmazar el terreno y dañar las raíces, debilitando el árbol aún más. Aunque nos cueste trabajo hacerlo, debemos evitar sobrepasar el vallado.

Indicar que el nombre de “Romanejo” posiblemente tenga que ver con los restos arqueológicos que demuestran una presencia vetona, romana y visigoda en las proximidades. En dirección hacia el Torno hay varios enterramientos antropomorfos tallados en roca.

Aparte de este magnífico roble, hay otros en las proximidades que también tienen un tamaño digno para ser considerados como árboles singulares.



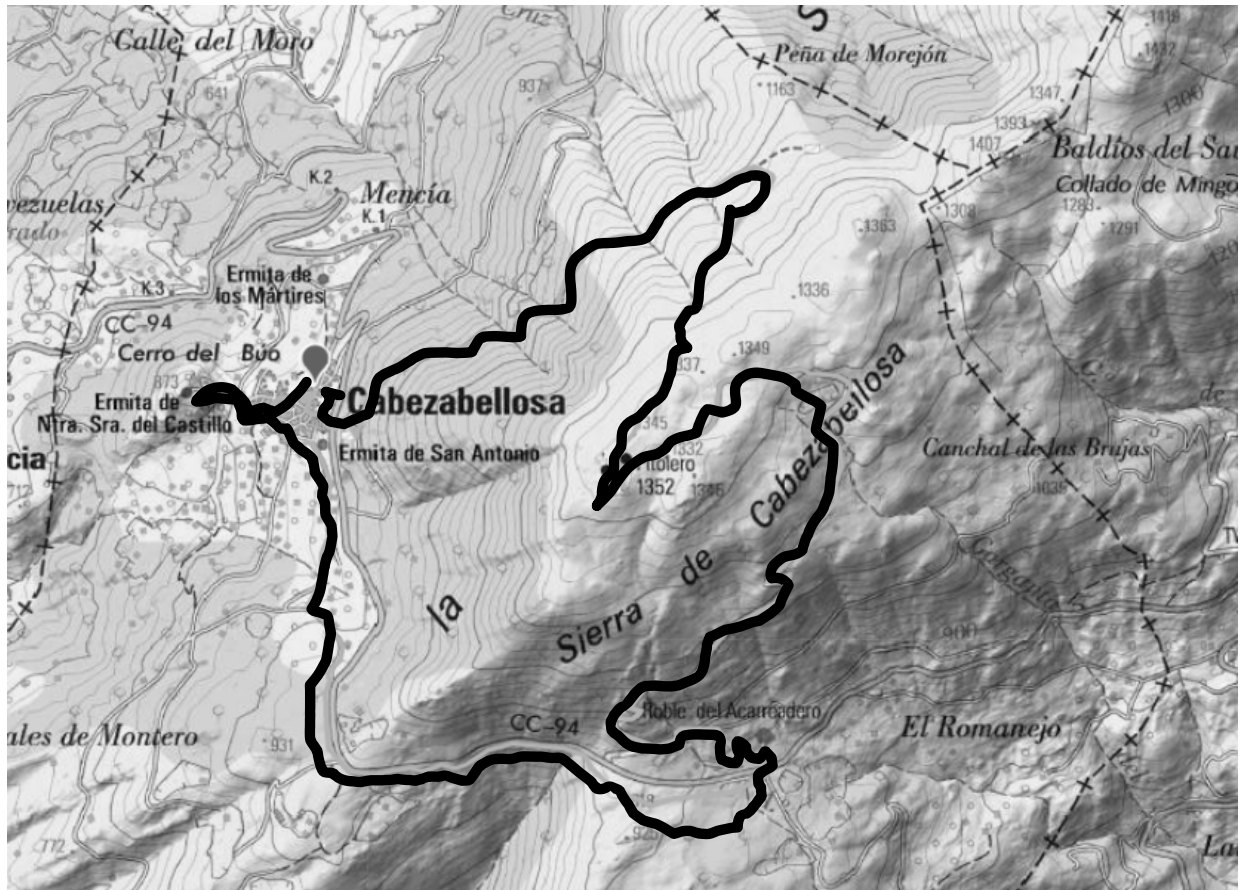
Dejamos el paraje para tomar una pista que con fuerte inclinación nos conducirá a lo alto de la sierra. Si tenemos suerte con la visibilidad y la otoñada, los campos de cerezos del Jerte nos ofrecerán un espectáculo tanto o más espectacular que el de la primavera. Esta vez, el color rojo de las hojas es lo que predomina, en lugar del blanco de las flores. También es posible que veamos columnas de humo junto a ellos; son fogatas controladas, provocadas por los agricultores que queman ramas. Según nos comentaron, el humo se usa contra las plagas de estos frutales.



La suave línea de montañas que se inclina desde la sierra de Candelario tiene su última elevación importante en la atalaya del Pitolero, situada unos 500 m por encima de Cabezabellosa. Poco a poco iremos subiendo hasta la meseta superior y de allí hasta el mirador final, ocupado por un vértice geodésico, restos de construcciones ganaderas y unas antenas de telefonía.

El Pitolero es un mirador soberbio sobre un enorme territorio de la provincia de Cáceres. La Sierra de Gata y las Hurdes enmarcan varios embalses, como el cercano o el más alejado de Alcántara. Al lado contrario, las Villuercas, Guadalupe y Montánchez.

Regresamos por la cuerda para tomar un camino en la ladera oeste que nos llevará en constante descenso hasta Cabezabellosa, donde finalizamos el recorrido.



Boletín: Javier San Sebastián.

Organizamos la salida: Javier San Sebastián y Manolo Hernández